Grecia y el FMI

«Los países del euro consideran una humillación que uno de sus miembros acuda en petición de ayuda al FMI»

La crisis de la deuda de Grecia ha llevado al Eurogrupo a apoyar un paquete de ayudas encabezado por el Fondo Monetario Internacional (FMI), pero complementado, en su caso, por contribuciones bilaterales de los países miembros de la zona del euro. Previamente se desarrolló un debate interesante sobre en qué medida debía estar involucrado el FMI o debían resolverse los problemas dentro de la UE. A favor de la primera opción se ha argumentado que el FMI es una institución creada para ayudar a los países en crisis, que tiene una larga experiencia en ello, que supervisa regularmente a todos sus miembros (incluida Grecia) y cuyo papel, además, se ha reforzado a raíz de la crisis mediante un significativo aumento de su capacidad de préstamo. Además, el papel del FMI como «policía malo» evitaría que el descontento con el programa de ajuste -necesariamente impopular- se vuelva contra las instituciones europeas.

Sin embargo, algunos países miembros del euro, cuya moneda aspira a competir con el dólar por la hegemonía dentro del sistema financiero internacional, consideran una humillación que uno de sus miembros acuda en petición de ayuda al FMI, con la implicación de que la política económica de uno de los socios del club quede «en manos de Washington» (por la cercanía, no sólo geográfica, que tradicionalmente ha habido entre el Fondo y el Tesoro estadounidense). Además, la posición europea en los foros internacionales (G-20, FSB, el propio FMI...) puede quedar debilitada por la percepción de que la UE no es capaz de resolver sus propios problemas.

Finalmente, ha prevalecido una posición pragmática, que habrá que ver cómo se traduce en la práctica, ya que el programa de ayuda a un miembro de una unión monetaria, cuya moneda es utilizada como reserva internacional, abre un territorio inexplorado para el Fondo. El FMI, en teoría, no puede financiar, de acuerdo con su convenio constitutivo, a países cuya deuda es insostenible. Si el problema es de solvencia, y no de liquidez, lo pertinente es reestructurar la deuda, ya que un paquete de ayudas no haría más que aumentar el endeudamiento y desplazar a unos acreedores por otros (dado el papel de acreedor privilegiado del Fondo). Estos debates se plantearon con crudeza con ocasión de la crisis argentina, en la que la cuestión clave era determinar en qué momento la deuda era insostenible y no tenía sentido continuar con el apoyo del Fondo.

En la práctica, la distinción entre problemas de liquidez y de solvencia es tenue, pero para países que forman parte de una unión monetaria existe una presunción de que los problemas de financiación de la deuda pública tienen un trasfondo de solvencia, puesto que el país no dispone de política monetaria, ni de tipo de cambio, ni puede devaluar, ni utilizar los mecanismos habituales para afrontar una crisis de liquidez. Por ese motivo, los programas del FMI normalmente tienen como contrapartida al banco central. Pero, en este caso, resulta difícil argumentar que un banco central miembro del Eurosistema -que emite una moneda de reserva internacional- tiene un problema de liquidez.

Por todos los motivos señalados, la actuación del FMI en Grecia requerirá una interpretación flexible de sus estatutos, que es posible si hay voluntad política, pero que abre un terreno inexplorado a la actividad del FMI ::

Santiago Fernández de Lis
es socio-director del Área Internacional de Afi.
E-mail: sfernandezdelis@afi.es